



XIII.

UN DÍA DE SPLEEN.

Las cinco de la tarde. La lluvia desde la mañana, un cielo gris y tan bajo que se toca con el paraguas, un tiempo calado, pegajoso, lodazales y sólo lodazales, barro y nada más que barro, en mocosidades espesas, en regajales

lucientes por el borde de las aceras, perseguido en vano por las barrenderas mecánicas, por las escobas, conducido en enormes chirriones que lo transportan lentamente hacia Montreuil, lo pasean en triunfo por las calles, removido siempre y siempre renaciente, brotando del empedrado, salpicando la caja de los coches, el pretal de los caballos, los vestidos de los transeúntes, mosqueando los cristales, los dinteles, las fachadas, á tal punto que no parece sino que París entero va á hundirse y á desaparecer debajo de esta tristeza de suelo fangoso en que todo se funde y se confunde. Y da lástima en verdad ver la invasión de tamaña asquerosidad en las blancuras de las casas nuevas, los pretiles de los muelles, las balaustradas de los balcones de piedra... No falta, sin embargo, quien se regocija con semejante espectáculo: una pobre criatura displicente y enfermiza, la cual, tendida cuan larga es en la bordada seda de un diván, con la cabeza entre sus puños cerrados, está pegada á los chorreantes cristales, fijos los ojos en el exterior y deleitándose con todas aquellas fealdades:

—Este, hada mía, este es el tiempo que yo necesitaba hoy... Mira cómo chapotean... ¡Qué sucios, qué asquerosos están!... ¡Y cuánto barro! Lo hay por todas partes, en las calles, en los muelles, hasta en el Sena, hasta en el cielo... ¡Ah! qué gran cosa es el lodo cuando se está triste... Me gustaría hundir en él hasta los codos, hacer escultura con esto, una estatua de cien codos de alto que se titularía: «Mi tedio.»

—Pero ¿cómo es que te aburres, querida? dijo con apacibilidad la anciana bailarina, amable y rosada en su sillón en el cual se mantiene enhiesta para no aplastar su tocado, con más cuidado que de costumbre... ¿No tienes cuanto te es preciso para ser dichosa?

Y por milésima vez, con su voz tranquila, reanuda la enumeración de los motivos que tiene para ser feliz, su gloria, su genio, su belleza, los hombres todos á sus plantas, los más agradados, los más poderosos; ¡oh! sí, los más poderosos, y si no, hoy mismo... Pero un maullido formidable, un lamento de chacal exasperado por la monotonía de su desierto hace temblar de improviso los cristales del taller, y hundirse otra vez en su capullo á la antigua crisálida asustada.

Desde hace ocho días que acabó su grupo y lo mandó á la Exposición. Felicia se encuentra en este mismo estado de pos-

tración, de descorazonamiento, de irritación lacerada y afi-gida. Se necesita toda la paciencia inalterable de la hada, la magia de sus recuerdos evocados á cada punto, para hacer soportable la vida al lado de esa inquietud, de esa cólera de mal género que gruñe en el fondo de los silencios de la joven y estalla súbitamente en una palabra amarga, en un «Puá» de asco, por la cosa más baladí... Su grupo no se puede mirar... Nadie se fijará en él... Los críticos son un atajo de asnos... ¿Y el público? una papera inmensa con tres pisos de barbada... Y sin embargo, el último domingo, cuando el duque de Mora fué con el subdirector de Bellas Artes á ver su exposición en el taller, estaba tan contenta, tan enorgullecida de los elogios que se le tributaron, tan encantada de su obra, la cual admiraba á distancia cual si fuese de otro, roto ya el lazo molesto que la actualidad del trabajo establece entre el artista y aquella, y que hace difícil la imparcialidad de juicio!...

Pero cada año pasa lo mismo. Una vez fuera del taller la última obra, una vez lanzado su nombre glorioso al capricho imprevisto del público, las preocupaciones de Felicia, desprovistas de objeto visible, divagan por el total vacío de su corazón, de su existencia de mujer que se encuentra fuera de su tranquilo surco hasta que vuelve á emprender una nueva obra. Entonces se encierra en casa, sin querer ver á nadie. Diríase que tiene miedo de sí misma. Durante estas crisis, sólo el bueno de Jenkins es capaz de aguantarla. Es más, parece como que si las busque adrede, con la esperanza de sacar su provecho. Y sin embargo, sabe Dios que no gasta para con él sobrados cumplidos. Ayer mismo pasó dos horas seguidas delante de la hermosa aburrida sin conseguir siquiera que le dirigiese la palabra. Si es por el estilo la acogida que reserva para el alto personaje que le dispensa el honor de ir á comer esta noche con ella... Y al llegar á este punto, la buena Crennitz, que rumía tranquilamente todas esas ideas con la vista fija en la delgada punta de sus zapatos con borlas, se acuerda súbitamente de que tiene prometido que confeccionará un plato de dulce vienés para la comida del personaje en cuestión, y sale discretamente del taller, andando con la punta de sus lindos piececillos.

Agua y más agua, lodo y más lodo, y siempre la hermosa

esfinge acurrucada, con la vista perdida en el fangoso horizonte. ¿En qué está pensando? ¿Qué es lo que mira venir allí lejos, por aquellos caminos inmundos, á la luz dudosa de la noche que se viene encima, con una arruga en la frente y los labios contraídos por el fastidio? ¿Acaso es su destino lo que aguarda? Triste destino el que se pone en marcha con un tiempo semejante, sin miedo á las tinieblas, al lodo...

Alguien acaba de entrar en el taller con un andar más recio que el trote de ratoncillo de Constanza. El pequeño criado á no dudar. Y Felicia brutalmente, sin volver siquiera el rostro:

—Véte á dormir... No estoy en casa para nadie...

—¡Y tanto como yo deseaba tener un rato de conversación con vos! le contesta una voz amiga.

La interpelada se extremece, se incorpora, y calmada, sonriendo casi á la vista de tan inesperada visita:

—¡Toma! ¿sois vos, joven Minerva?... ¿Por dónde habéis entrado?

—Muy sencillamente. Todas las puertas están abiertas.

—No me extraña. Constanza está como loca desde esta mañana con su comida...

—Sí, sí, lo he visto. El recibidor está lleno de flores. ¿Tenéis...

—¡Oh! una comida tonta, una comida oficial. No sé cómo pude... Sentáos; aquí, á mi lado... Estoy muy contenta de veros.

Pablo toma asiento algo turbado. Nunca Felicia le ha parecido tan hermosa. Á la media luz del taller, por entre el brillo confuso de los objetos de arte, bronce, tapicerías, su palidez destella una luz suave, sus ojos tienen reflejos de piedra preciosa, y su larga amazona ajustada dibuja el abandono de sus formas de deidad. ¡Habla además en tono tan afectuoso, parece tan satisfecha de esta visita! ¿Por qué ha estado tanto tiempo lejos de ella? Hace cerca de un mes que no ha puesto el pié en el taller. ¿Por ventura ya no son amigos? Él se excusa del mejor modo posible. Los negocios, un viaje. Por otra parte, si no ha venido, en cambio ha hablado muchas veces de ella, ¡oh! muchísimas, casi cada día.

—¿De veras? ¿y con quién?

—Con...

Iba á decir: «Con Alina Joyeuse...» Le detiene de pronto

una especie de vergüenza, un sentimiento indefinible, un como pudor de pronunciar aquel nombre en el taller donde han resonado tantos otros. Hay cosas que, sin saber bien el por qué, no encajan entre sí. Pablo prefirió contestar con una mentira que le lleva derechamente al objeto de su visita:

—Con un excelente sujeto á quien habéis dado un disgusto bien inútil... Vamos á ver, ¿por qué no le habéis acabado el busto á ese pobre Nabab?... Para él hubiera sido una gran dicha, un motivo de orgullo el tener ese busto en la Exposición... El pobre contaba con ello.

Al oír el nombre de Nabab la artista se turba ligeramente.

—Es cierto, dice, he faltado á mi palabra... Ya sabéis que yo soy muy caprichosa... Pero tengo intenciones de ponerme otra vez á trabajar en él uno de estos días... Ya veis, lo tengo cubierto de lienzo, completamente mojado, para que el barro no se seque...

—¿Y el accidente?... Ya supondréis que no creímos una palabra...

—Mal hecho... Yo digo siempre la verdad. Una caída, un patatús formidable... Sólo que, como el barro estaba húmedo, he podido reparar fácilmente la avería. ¡Mirad!

Y arrancó el lienzo de un tirón, descubriendo al Nabab con su rostro francote, orondo de ser retratado, y tan verdadero, tan natural que Pablo lanzó un grito de admiración.

—¿Verdad que ha salido bien? dijo ella con sencillez... Algunos retoques aquí y aquí... (Había cogido el palillo, la esponja, y empujado la peana hacia la parte del taller en que todavía quedaba luz). Es cuestión de unas pocas horas, pero así como así tampoco podría ir á la Exposición. Estamos á 22: los envíos están ya hechos hace mucho tiempo.

—¡Bah!... con buenos padrinos...

Felicia frunció el ceño, y otra vez en tono malhumorado:

—Es cierto... La protegida del duque de Mora... ¡Oh! no tratéis de excusaros. Ya sé cuánto se dice, y me tiene tan sin cuidado como esto... (Y arrojó una bolita de barro á la pared en la cual quedó aplastada). Y puede que á puro suponer lo que no es... Pero dejemos á un lado esas infamias, dijo irguiendo su aristocrática cabecita... Quiero daros gusto, cara Minerva... Vuestro amigo irá este año al Salón.

En este momento penetra en el taller, alumbrado por las

finas partículas de un crepúsculo descolorante, un perfume de caramelo, de pasta caliente; y aparece la hada trayendo una fuente de buñuelos, pero una hada de veras, acicalada, rejuvenecida, vistiendo una túnica blanca que deja al descubierto por entre el vuelo de encajes ya amarillentos sus hermosos brazos de anciana, los brazos, la última belleza que muere.

—Mira, pequeña, qué bien han salido esta vez mis *kuchlen*... ¡Ah! dispensa, no había reparado en que tenías gente... ¡Tomal! ¿Pues no es M. de Géry?... ¿Qué tal, M. de Géry?... Probad un pastelillo...

Y la amable anciana, á la cual parecía que daban sus perifoneos una movilidad insólita, se adelantaba á saltitos, aguantando su fuente en equilibrio con las puntas de sus dedos de muñeca.

—Déjale, dijo Felicia tranquilamente... Ya le ofrecerás á la hora de comer.

—¿De comer?

La bailarina quedó tan parada que estuvo á pique de tirar sus lindos pastelillos, soplados, ligeros y excelentes como ella.

—Que sí, que se queda á comer con nosotras... ¡Oh! os lo ruego, añadió con marcada insistencia al ver que el joven iba á excusarse; os lo ruego, no me digáis que no... Quedándoos esta noche me hacéis un verdadero favor... Ya habéis visto que yo no he vacilado un momento cuando...

Felicia tenía á Pablo cogido de la mano; y era en verdad bien rara la desproporción entre la demanda que le hacía, y el tono suplicante, ansioso en que se la hacía.

Pablo insistió otra vez... No estaba presentable... ¿Cómo quería que... en una comida de convite...

—¿Convite?... Pues ya no lo doy... Yo soy así... Estaremos los tres solos, con Constanza.

—Pero, Felicia, hija mía, piensa que... ¡Vamos á ver! y el... el otro que va á llegar dentro de un momento...

—Pues mira, voy á escribirle que no se moleste...

—Desgraciada, ya es tarde...

—¡Qué ha de ser!... Dan las seis. La comida era para las siete y media... Vas á mandar esto.

Y escribía apresuradamente en un extremo de la mesa.

—Qué muchacha más extraña, Dios mío... decía entre dien-

tes la bailarina, más asombrada á cada punto, mientras Felicia, transfigurada, encantada, ponía alegremente el sobre.

—Ya tengo mi excusa... La jaqueca no se inventó para Kador...

Y una vez fuera la carta:

—¡Qué contenta estoy! Vamos á pasar una velada deliciosa... Anda, Constanza, venga un abrazo... Ya verás si haremos honor á tus *kuchlen* y tendremos el gusto de verte en aquel traje tan bonito que te hace más joven que yo.

Con menos bastaba para que la bailarina perdonase á su caro diablillo aquel nuevo capricho y el crimen de lesa majestad de que iba á hacerla cómplice. ¡Tratar con tamaño desenfado á un personaje como aquel! Sólo á ella podía ocurrírsele, á nadie más... Por lo que toca á Pablo de Géry, ya ni trataba de resistir, oprimido otra vez por aquel lazo que había creído roto por la ausencia, y que desde que había puesto el pié en el taller comprimía su voluntad y le entregaba atado y rendido á aquel sentimiento que tan resuelto había estado á combatir.

Se conocía bien que la comida, una comida verdaderamente selecta, dirigida por la austríaca hasta en sus más pequeños pormenores, había sido preparada para un comensal de elevado copete. Desde el alto candelabro kabila con siete brazos de madera esculpida, que destellaba encima de los manteles recamados, hasta los jarros de prolongado gollete que encerraban los vinos en formas caprichosas y exquisitas, la suntuosa vajilla, lo escogido de los manjares sazonados por una punta de extrañeza, todo acusaba la importancia del convidado, el empeño que había habido en complacerle. Se conocía bien que era aquella la casa de un artista. Poca plata y mucha fayenza, un conjunto acabado pero sobrio. El Rouen antiguo, el Sèvres color rosa, los cristales holandeses montados en estaño labrado combinábanse en aquella mesa como en un estante de objetos raros reunidos por un inteligente para su recreo propio. No podía faltar su punta de desbarajuste en aquel ajuar hecho de hallazgos. Las maravillosas vajillas estaban sin tapones. El salero desportillado rebosaba encima de los manteles, y á cada punto: «¡Toma! ¿dónde

está la mostacera?... ¿Qué le ha pasado á este tenedor?» De Géry se apuraba por la joven dueña de la casa, pero ésta ni siquiera paraba atención.

Algo había, sin embargo, que tenía á Pablo más mohíno que todo eso, y era la comezón de saber cuál era el huésped privilegiado á quien él había venido á reemplazar, un huésped á quien se trataba al mismo tiempo con tanta magnificencia y tanto desenfado. Á pesar de todo sentía como presente á aquel comensal despedido, y esto mortificaba su amor propio. En balde procuraba no pensar en él todo se lo traía á la memoria, hasta el prendido de la buena hada sentada frente á él y que conservaba todavía algo del empingorotamiento de que se había pertrechado de antemano para el momento solemne. Semejante idea se le atragantaba, y amargaba un poco el gusto que sentía de estar allí.

En cambio, como acostumbra suceder en todos los dúos en que los unísonos son muy raros, nunca había visto á Felicia tan afectuosa ni de humor tan alegre. Era un alborozo estrepitoso, casi infantil, una de esas expansiones calurosas que se sienten después de un peligro, la reacción de un fuego claro, llameante, tras la emoción de un naufragio. Reíase á carcajada suelta, burlábase de Pablo por su acento y por lo que ella llamaba sus ideas caseras. «Porque no me negaréis que sois un hombre de su casa á rabiarse... Pero esto es precisamente lo que me gusta en vos. Á mí me han gustado siempre los temperamentos tranquilos, razonables, y es sin duda por la fuerza del contraste, por lo mismo que nací debajo de un puente y al aire libre.

—Pero, hija, ¿querrás hacerle creer á M. de Géry que naciste debajo de un puente?... decía la buena Crenmitz que no sabía acostumbrarse á la exageración de ciertas imágenes, y que se lo tomaba todo al pié de la letra.

—Que crea lo que quiera, hada mía... Al fin y al cabo no ha de ser mi marido... Segura estoy de que por ningún precio transigiría con ese monstruo que se llama una mujer artista. Se figuraría que tomaba al diablo por mujer... Y razón que os sobra, Minerva... El arte es un déspota. Hay que entregarse á él en cuerpo y alma. El artista pone en su obra cuanto lleva en sí de ideal, de energía, de honradez, de conciencia, de tal suerte que no le queda ni pizca para la vida ordinaria, y

que, una vez terminada su obra, queda abandonado á sí propio sin fuerzas y sin brújula, como pontón desarbolado á merced de todas las corrientes... ¡Vaya qué adquisición la de una esposa de este calibre!

—Con todo, insinuó tímidamente el joven, parece que el arte, por exigente que sea, no puede acaparar para sí solo á la mujer. ¿Qué haría ésta de su ternura, de esa necesidad de amar, de sacrificarse por otro, que es en ella mucho más que en nosotros el móvil de todos sus actos?

Felicia estuvo un momento pensativa sin contestar palabra.

—Acaso tengáis razón, sabia Minerva... La verdad es que hay días que mi vida suena á hueco de una manera que espanta... Siento que hay agujeros, profundidades. Cuanto le echo para llenarla desaparece... Mis entusiasmos artísticos más hermosos se abisman allí dentro y mueren cada vez en un suspiro... Entonces pienso en el matrimonio. Un marido, chiquillos, una retahila de chiquillos que se revolcasen por el taller, el cuidado de arreglar el nido para toda esa gentezuela, la satisfacción de esa actividad física que les falta á nuestras existencias de arte, ocupaciones regulares, método, cantos, caricias inocentes de esas que obligan á ponerse á jugar en vez de perderse en el vacío, en la oscuridad de los pensamientos, á reirse de un bofetón recibido en el amor propio, á ser una madre satisfecha el día que el público le declara á una gastada, cesante...

Y ante esa visión enternecedora, la belleza de la joven tomó un carácter que Pablo no había visto nunca en ella, que le afectó profundamente y le dió la tentación poco menos que irresistible de coger en brazos á aquel hermoso pájaro salvaje que sueña con un palomar, para defenderla, para cobijarla bajo el amor inquebrantable de un hombre de bien.

Ella, sin mirarle, proseguía:

—No soy tan casquivana como parezco, no... Preguntadle á mi buena madrina si cuando me puso á pensión no me porté como la más cuerda de mis compañeras.. Pero luégo, ¡qué desconcierto en mi vida!... Si supiéseis cómo he pasado mi juventud, cómo ha marchitado mi alma la maldita experiencia, qué confusión más atroz en mi criterio de muchacha entre lo lícito y lo ilícito, la razón y la locura... El arte, sólo el arte, celebrado, discutido, era lo que se mantenía en pié en-

tre tanta ruina, y me refugié en él... Tal vez por esto no pasaré nunca de ser una artista, una mujer distinta de las demás, una pobre amazona con el corazón preso en la coraza de hierro, batallando como un hombre y condenada á vivir y á morir como un hombre.

¿Por qué de Géry no le dijo en aquel momento:

—Quitaos vuestras armas, hermosa guerrera, cubríos con la túnica flotante y las gracias del gineceo. Os amo, os lo suplico, dadme vuestra mano para haceros dichosa y hacerme dichoso á mí?

Vino en un tris. Pero temía que el otro, aquel otro que llevaba metido en la cabeza, el que tenía que asistir á aquella cena y que, ausente y todo, se interponía entre él y ella, le oyese hablar en términos semejantes y adquiriese el derecho de burlarse de él ó de compadecerle por aquel hermoso arranque.

—De todas maneras, ¡oh! lo juro, prosiguió ella, si algún día llego á tener una hija, procuraré hacer de ella una verdadera mujer y no una pobre abandonada como yo... ¡Oh! ya sabes, hada mía, que no lo digo por ti... Tú siempre has sido buena para con tu diablillo, tú has sido siempre para ella toda cariño, toda cuidado... Pero mirad, mirad cuán bonita, cuán joven está esta noche.

Animada por la cena, por la luz, por su traje, uno de esos trajes blancos cuyos reflejos alisan las arrugas, la Crenmitz, recostada en su asiento, aguantaba al nivel de sus ojos semicerrados un vaso de Château-Iquem procedente de la vecina bodega del Moulin-Rouge, y el suave rosado de sus mejillas, sus vaporosos adornos de pastel reflejados en el dorado licor que les comunicaba su ardor expansivo, traían á la memoria á la antigua heroína de las cenas picarescas á la salida del teatro, á la Crenmitz de los buenos tiempos, no ya desenvuelta á la manera de las estrellas de nuestra ópera moderna, pero inconsciente y revolviéndose en su lujo como una perla en el nácar de su concha. Felicia, que decididamente estaba aquella noche por dar gusto á todos, la empujó discretamente al capítulo de los recuerdos, le hizo contar una vez más sus brillantes triunfos en *Gisela*, en la *Peri*, las ovaciones del público, las visitas de los príncipes á su cuarto, el regalo de la reina Amalia acompañado de expresiones tan cariñosas. Esas

glorias evocadas hacían perder la cabeza á la pobre hada, sus ojos echaban chispas, y se oían agitarse debajo de la mesa sus piecicillos, presa de un frenesí danzante... Y con efecto, concluída la cena y ya otra vez en el taller, Constanza se echó á andar del uno al otro extremo del mismo, á apuntar un paso, una pirueta, sin parar la conversación, interrumpiéndola únicamente para tararear unos compases de baile que acompañaba con la cabeza, y de pronto, replegándose en sí misma, pegó un salto yendo á parar al extremo opuesto del salón.

—Ya está en marcha, dijo Felicia al oído de Géry... Mirad, que vale la pena. Vais á ver bailar á la Crenmitz.

El espectáculo era mágico, encantador. En el fondo de la vasta pieza anegada en la oscuridad y casi sin más luz que la que irradiaba, al través de los cristales de la convexa claraboya, la luna remontándose por un cielo límpido, azul de noche, verdadero cielo de teatro, destacábase la silueta de la famosa bailarina, toda blanca, como tenue fantasma vaporoso, ligero, imponderable, que volaba más que saltaba; luégo, apoyada en las leves puntas de sus piés, sostenida en el aire únicamente por sus brazos tendidos, el rostro levantado en un escorzo que no dejaba ver más que la sonrisa, avanzaba vivamente hacia la luz ó retrocedía á pequeñas sacudidas tan rápidas que parecía como si á cada momento fuese á oírse el leve ruido del cristal al quebrarse, y á vérsela remontar de aquella suerte á reculones el ancho rayo de luna que penetraba sesgando en la estancia. Lo que acrecía el hechizo, la singular poesía de aquella fantástica danza, era la ausencia de música, el solo ruido del compás cuyo són acentuaba la semi-oscuridad de donde salía, el leve rumor de aquel repiqueteo vertiginoso no más pronunciado que la caída, pétalo á pétalo, de una dalia que se deshoja... La cosa duró unos pocos minutos, luégo, el aliento cada vez más breve indicaba que la bailarina se iba cansando.

—Basta, basta... Siéntate, dijo Felicia.

Entonces la pequeña sombra blanca se sentó en el filo de un sillón, y así permaneció, en actitud de volver á empezar, sonriendo y palpitando con vehemencia, hasta que el sueño la rindió, y empezó á mecerla, á columpiarla suavemente, sin descomponer su deliciosa actitud, como libélula posada

en una rama de sauce que remoja el agua y la corriente balancea.

Los dos jóvenes contemplaban aquel cuadro apacible.

—Pobre hada, decía Felicia, he aquí lo que ha habido de mejor, de más serio en mi vida en punto á amistad, á salvaguardia, á tutela... Esta mariposa fué la que me hizo de madrina... Y luégo extrañaréis mi temperamento voluntarioso, las divagaciones de mi espíritu... Gracias aún que no haya pasado de aquí...

Y de pronto con afectuosa efusión:

—¡Ah! Minerva, Minerva, qué contenta estoy de que hayáis venido esta noche... Es que yo no puedo estar sola tanto tiempo... Necesito tener á mi lado un alma recta como la vuestra, necesito ver entre tanta careta como me circunda una verdadera cara... Aunque sea un hombre de su casa impenitente, y por añadidura, todo un señor provinciano, añadió riendo... No importa, así y todo sois vos quien se lleva todas mis preferencias... Yo creo que mi simpatía proviene sobre todo de una coincidencia singular. Me recordáis á alguien que ha sido la afección más profunda de mi juventud, una mujer-cita seria y razonable como vos, amarrada á la prosa de la existencia, pero mezclando con ella ese ideal que los artistas ponemos á un lado en beneficio exclusivo de nuestras obras... Muchas de las cosas que vos me decís me parece como si se las oyera decir á ella... Tenéis idéntica boca de modelo antiguo. ¿Provenirá de ahí el parecido? Lo ignoro, pero es indudable que os parecéis... Vais á verlo.

Encima de la mesa atestada de croquis y de álbums, á la cual y frente á él estaba sentada, Felicia, inclinada la frente, sombreada su admirable cabeza por sus cabellos rizados algo rebeldes, iba dibujando y hablando al propio tiempo. No era ya el hermoso monstruo acurrucado, de rostro angustiado y tenebroso, complaciéndose en condenar su propio destino; sino una mujer, una verdadera mujer que ama y quiere seducir... En aquel momento, ante tamaña sinceridad y tanta gracia, Pablo olvidaba todos sus recelos. Iba á hablar, á persuadir. El minuto era decisivo. Pero de repente se abrió la puerta y apareció el lacayuelo... El señor duque mandaba á preguntar si la señorita seguía indispueta de su jaqueca...

—Que siga igual, contestó ella en tono festivo.

Una vez fuera el criado, reinó entre ambos un momento de silencio, un frío glacial. Pablo se había puesto en pié. Ella seguía, sin variar de postura, dibujando su croquis. El joven dió unos cuantos pasos por el taller; luégo, acercándose otra vez á la mesa, preguntó tranquilamente, asombrado de su misma calma:

—¿Era el duque de Mora el convidado de esta noche?

—Sí... Estaba aburrida... Un día de spleen... Días así para mí son tremendos...

—¿Estaba convidada también la duquesa?

—¿La duquesa?... No, ni la conozco.

—Pues bien, yo, en vuestro lugar, no recibiría nunca en mi casa y á mi mesa á un hombre casado que no viniese con su mujer... Os quejáis de que os veis abandonada; ¿por qué sois vos misma la primera en abandonaros?... No basta ser buena, hay que parecerlo... ¿Os sabe mal que os hable en estos términos?

—No, no; reñidme, Minerva... Me gusta mucho vuestra moral. Esa sí que es recta y franca; no guiña del ojo como la de los Jenkins... Ya os lo he dicho, necesito de alguien que me guíe...

Y echando el croquis que acababa de terminar:

—¡Mirad! esta es la amiga de que os hablaba... Un cariño firme y profundo que, como buena despilfarradora que soy, he hecho la tontería de dejar que se perdiese... Ella era la que yo invocaba en los momentos difíciles, cuando era preciso adoptar una resolución, hacer algún sacrificio... Yo decía entre mí: «¿Qué es lo que ella pensará de esto?» de igual suerte que nos detenemos á veces á la mitad de un trabajo de artista para pensar en alguno de los indiscutibles, en alguno de nuestros maestros... Es menester que vos seáis esto para mí. ¿Queréis serlo?

Pablo no contestó. Contemplaba el retrato de Alina. Era ella, sí, ella, con su perfil purísimo, sus labios burlones y rebosando bondad, y con su largo rizo acariciando el esbelto cuello. ¡Ah! ya podían venir entonces todos los duques de Mora. Felicia había desaparecido completamente para él.

¡Pobre Felicia! Con estar dotada de tan alto poder, no pasaba de ser como esas brujas que atan y desatan los destinos de los humanos sin poder cosa alguna para su propia felicidad.

—¿Queréis darme este croquis? dijo él en voz baja y acento conmovido.

—Con mil amores... Es bonita, ¿verdad?... ¡Ah! de veras os lo digo, á esta, si la halláis, amadla, casaos con ella. Vale ella sola lo que todas las demás juntas. Sin embargo, á falta de ella, á falta de ella...

Y la hermosa esfinge domesticada fijaba en los de él sus ojos humedecidos y sonrientes cuyo enigma nada tenía ya de indescifrable.

